

La Cuna de Cervantes

La anunciada reforma de la nomenclatura callejera, trae a mi memoria una de las cuestiones batallanas de Alcázar, ahora olvidada por los materialismos: la defensa de la cuna de Cervantes.

La verdad es que la dejación de ese asunto no es de ahora y la realidad verdadera es que nunca se tomó con fervor y que su planteamiento, su defensa y su fracaso, constituye uno de los fenómenos más característicos de nuestra manera de ser, pues el mismo Guerras, (D. Juan Alvarez-Guerra Peña), aún no siendo alcazareño, pero si nuestro diputado a Cortes de los clásicos y nuestro benefactor más espléndido, al estilo de los indianos y tabaqueros de Filipinas, con sus arrebatos e intemperancias no favoreció nada el triunfo de la causa alcazareña. Los adalides propiamente alcazareños, editores de EL SOL DE CERVANTES que se conserva en la biblioteca nacional con otros documentos, carecían de base, de preparación y de personalidad para acometer tan magno problema y contender con los eruditos, cuyas obras, que están al alcance de todo el mundo, causan asombro por su conocimiento y la minuciosidad de sus análisis.

Pero de todas maneras el asunto no resultó claro y ahí está D. Crescencio Rosado, el ex-alcalde del más cervantino de los lugares manchegos, el Puerto Lapiche, el último defensor que conserva enarbolada la bandera de nuestra causa, para demostrar que sigue siendo defendible como alcazareña la cuna de Cervantes. Nadie nos puede quitar ese sentimiento porque es inquitante como todos los patrimonios del alma ni impedirnos su defensa y si nos falta vigor para aquellas arrogancias de que hizo alarde Guerras, no deben faltarnos dentro de nuestra casa los cuidados necesarios para que todo el que llegue a visitarnos se de cuenta desde el camino que está llegando a la verdadera cuna de Cervantes y a la tierra que es famosa en el mundo entero por haberse engendrado en ella y alimentado con sus raíces enloquecedoras, el fantasma literario que tiene mucha más vida y mucha más realidad que si hubiera sido de carne y hueso. Nada más noble ni más inofensivo ni más en armonía con el espíritu quijotesco de que podemos alardear, aunque hasta ahora se hayan visto más elementos cervantinos en cualquier pueblo de la comarca que en Alcázar que es su cuna. Criptana mismo le tiene dedicadas muchas más calles que nosotros y me creo por lo que oigo, que mejor elegidas. No digamos de El Toboso, la villa enaltecida por la más singular aureola conocida en el mundo que es un encanto andar por ella y evocar como reales los episodios novelescos, porque cada uno ha vivido mas o menos realmente escenas similares o las ha soñado como si las viviera, pero lo notable es el camino y el llegar a la casa tan en carácter y hasta la cama de la hermosa idealizada por el esforzado hidalgo.